



Azorin

El otro yo

Cervantes cuenta la historia de cierto enajenado que se creía de vidrio: evitaba los encontronazos por miedo de verse reducido a añicos; dormía en los pajares, sumido hasta el cuello en la blanda paja; era agudo y discreto; había estudiado en Salamanca Derecho y Letras; encantaba a todos por sus dichos de hombre sacudido y chancero; recobró la razón; la gente, decepcionada, le seguía a todas partes, no persuadida de que el nuevo hombre, ya cuerdo, fuera el antiguo, loco chistoso; al fin, cansado, hubo de abandonar España; guerreó en Flandes. Hasta aquí la historia cervantina.

Guerreando, en Flandes, nuestro personaje recibió una grave herida en la cabeza que le dañó el cerebro; tardó mucho en convalecer y quedó en un estado oscilante entre el ensueño y la realidad; padecía también frecuentes amnesias. Su carácter era manso; no tenía jamás ni gestos airados, ni palabras acerbas. Vivía de pupilo con una familia que le había cedido un aposento; el marido era tejedor y la mujer labradora. En tanto que el ruido del telar sonaba acompasado, él, en su cuartillo, aquí en Amberes, se entregaba a sus meditaciones. A veces le daban trabajo, como corrector de pruebas, en una imprenta de las que en Amberes estampaban libros en castellano.

La lanzadera del telar iba y venía, la angustia traspasaba y volvía a traspasar el lienzo, y las pruebas de imprenta se iban llenando de signos convencionales en sus márgenes. El silencio y la paz reinaban en la casa; pero una íntima congoja oprimía a veces a nuestro hombre. ¿Soñaba él o estaba despierto? ¿Se encontraba en Amberes o en Valladolid? La patria estaba lejos; no podía volver a ella; a la patria tornaba siempre su desvariado pensamiento. A la patria y a los días en que, por paradoja, perdida la razón, poseía más razón que ahora. El pie del tejedor apretaba la cárcola y se producía, con el ir y venir de la lanzadera, un ruidito rítmico en la casa. Comía nuestro hombre alguna vez en un bodegón cercano; un día, al ir a comer, encontró a un compatriota que acababa de llegar de España; comieron juntos, en una misma mesa. El día estaba tristón; la niebla lo envolvía todo; el cielo era bajo y plomizo; luz cenicienta, luz opaca, luz que por

contraste recordaba difusamente las cosas. El ánimo proclive a la taciturnidad, se apenaba extremadamente en estos días; ese era el caso de nuestro amigo. Envuelto en la niebla e imbuido de tristeza, no sabía ya él nada a punto fijo de su propia existencia; no acertaba a decir si existía o no, si era cuerpo material o espíritu.

Durante la comida hablaron, naturalmente, de España. El español llegado de allá conocía todas las poblaciones en que había estado su compañero: Salamanca, Valladolid, Antequera, Cartagena, Málaga. Cuando llegaron a evocar la hoya de Málaga, vista desde un altozano, tuvo nuestro amigo un momento de emoción: colores, olores, trinos de pájaros, verde de frondas, azul purísimo, temperatura clemente en invierno, todo, en fin, se le representaba en un instante, allí en el ahumado y lóbrego bodegón de la lejana ciudad anegada en la niebla.

-Y Valladolid, ¿le gustará usted? -le preguntó el forastero.

-Lo que más me gusta de España; me gusta la capital y me gustan los pueblos; todos son bonitos y todos encierran un recuerdo histórico. Valladolid lo tengo en el corazón; no puedo olvidar ni el Pisuerga ni la Esgueva. ¿Sabe usted si existe todavía la posada de las ánimas, en la Rinconada?

-¿Cómo no he de saberlo? En esa posada he parado yo.

-¿Está todavía de posadera Margarita la tordesillana?

-No; ahora ocupa su puesto María la de Nava de Rey; Margarita se retiró y se fue a su pueblo; yo no la he conocido; pero oí hablar de ella.

La comida trascurría plácidamente. El forastero había bebido mucho. Se encontraba, si no beodo, en ese estado medio entre la lucidez y la ebriedad que el vulgo denomina chirlo-mirlo. El humo de la cocina se había colado en el comedor; la niebla de la calle tenía un complemento en este humazo que prestaba irrealidad a las cosas y a las personas. Diríase que aquella mañana todo era ensueño.

-Margarita -dijo nuestro personaje tras larga pausa -era hacendosa y diligente; pero tenía algunas rarezas.

-Para rarezas -repuso el amigo- la que yo he visto en Valladolid; figúrese usted que allí he visto un hombre que dice que es de vidrio y que a cada momento teme que le quiebren con algún envión.

Nuestro personaje se puso a reír estrepitosamente; hacía mucho tiempo que no reía. Ya de buen humor, preguntó, al mismo tiempo que se erguía y miraba cara a cara a su nuevo amigo:

-¿Conocería usted a ese personaje de vidrio si lo tuviera delante?

-¿Cómo no, si vivía en la misma posada de las ánimas en que yo vivía?

-¿Cuánto tiempo hace que salió usted de España? -preguntó, ya ceñudo, ya ensombrecido nuestro amigo.

-De Valladolid he venido derechamente a Amberes, pasando por París; cuando yo salí de Valladolid, allí quedaba el hombre de vidrio.

De pronto, nuestro amigo puso su cabeza entre las manos y apoyó los codos en la mesa. Comenzó a llorar como un niño. Sí, él no era él; mejor dicho, el hombre de Valladolid era un trasunto suyo; él no estaba realmente en Amberes sino en Valladolid. No, no se trataba de un imitador. Retenido corporalmente en Amberes, su amor a España le restituía espiritualmente a Valladolid. Sufría en aquellos momentos una angustia indecible. El recién llegado de España, en la turbiedad de su borrachez, viéndole llorar, atribuía el llanto a uno de esos súbitos enternecimientos de beodo y reía a carcajadas.

Azorín

ABC, 5 de abril de 1942

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

